



Punto y sigue...

*Rosa Guadalupe
Cerón López*

UNIVERSIDAD DE GUADALAJARA

La literatura del ingenio, tal vez se desarrolle en espíritus que han domeñado sus pasiones.

Guadalupe Cerón, lectora de Juan José Arreola, Isabel Arredondo, Tito Monterroso y Edgar Allan Poe, tiene esa manera diferente de enfocar los problemas donde nace otra forma de sabiduría, de la que ven los ojos a primera instancia. De ahí, la originalidad de sus temas y personajes.

Ma. Luisa Burillo



Casa de Poesía

Juan Bañuelos

Primera edición, 1999

D.R. ©Universidad de Guadalajara

Coordinación Editorial

Francisco Rojas González 131

Col. Ladrón de Guevara

44600 Guadalajara, Jalisco, México

<http://www.editorial.udg.mx>

E-mail: edudg@udgser.cencar.udg.mx

ISBN 968-895-865-4

Impreso y hecho en México

Printed and made in Mexico

Índice

Prólogo	5
Presentación	7
Inventos	9
Muñequitas	11
El piano	13
Sólo espero verla llorar	17
¿Por qué acepta usted mis preguntas?	19
La despedida	21
El pueblo	25
Espíritu vs corazón	27
Un día en la vida de Guadalupe	29
Males del corazón	31
El gato y el ratón	33
El tiburón y la rémora	35
La selva	37
Se escucharon los candados	39
 Trilogía	
Doña Petra	43
El nacimiento de doña Petra	45
El juicio de doña Petra	49

Prólogo

La literatura del ingenio, tal vez se desarrolle en espíritus que han domeñado sus pasiones.

Guadalupe Cerón, lectora de Juan José Arreola, Isabel Arredondo, Tito Monterroso y Edgar Allan Poe, tiene esa manera diferente de enfocar los problemas donde nace otra forma de sabiduría, de la que ven los ojos a primera instancia. De ahí, la originalidad de sus temas y personajes.

En Cerón, existe una vocación que llamaríamos también, literatura inteligente, ya que el escritor pone una especie de tablero de ajedrez frente a su lector y espera pacientemente, más que emociones una estrategia.

Ma. Luisa Burillo

Presentación

Esta autora es un ejemplo de disciplina en el área de Letras. Recibió como premio por haber escrito el suficiente número de cuartillas, una edición individual.

Cada logro habla de cómo la readaptación social es una realidad y nos invita a apoyar y abrir nuevas áreas dentro de este campo.

Patricia Ledezma Arriaga

Directora del Centro de Readaptación Femenil

Inventos

Entre tantos pomos en el laboratorio resaltaba uno por su falta de color, y fue el que llamó su atención. Nueva en el asunto y llevada por la curiosidad, tomó el frasco y leyó: “Para el dolor, sustancia y catalizador para el amor, el odio y demás accidentes”. Murmurando pensó: ¡Qué interesante! En quién podría experimentar su reacción... veamos, dijo tomando un libro. Aquí está... hombre: mamífero homínido, género de los primates, postura erecta, cerebro muy grande con relación al tamaño y peso de su cuerpo. Recordó haber oído alguna vez de su existencia, pero dónde... *Homo sapiens*... ¡Claro, la Tierra! Así que manos a la obra.

Se preguntaba si El Superior no se molestaría por haber tomado aquel frasco. Le daría la sorpresa al mostrarle los resultados, esparciría la sustancia por toda la Tierra y luego observaría todo con gran detalle. La reacción fue inmediata y comenzaron sus descubrimientos y anotaciones.

Apuntó: es sutil, mal oliente, incoloro, enferma al *Homo sapiens*, pero también lo cura; modifica sus estados de ánimo, es corrosivo, brilla con el amor, se opaca con el dolor.

Pronto fue llamada por El Superior, quien se había dado cuenta de lo que estaba sucediendo en la Tierra. Aunque ella era sólo una aprendiz que no sabía nada de química, la reprimenda no se hizo esperar. Se le prohibió la entrada al laboratorio por miles de años. Su torpeza fue tal, que no se percató de que había retenido en ella los vapores de la sustancia y su hipótesis sin comprobar se perdió en el infinito.

El dolor se propagó en la Tierra. Después de que esto ocurrió se han hecho varios intentos inútiles para contrarrestar la sustancia que provoca el dolor. El último entró en acción y lo llamaron Fe; notaron que desgasta un poco al dolor, pero no del todo lo termina, porque se evapora.

Le era difícil comprender los inventos a través del tiempo y de su evolución. Se preguntaba qué le pertenecía y qué había adquirido con los años: moral, religión, justicia y una serie de cosas más que hacía por inercia sin comprender porqué ni para qué.

Bien o mal, se le había enseñado que tenía que buscar la felicidad, pero por qué no pensar que es un invento en el que todos hemos creído, de la misma manera que nos asusta el Coco que nos va a comer si nos portamos mal, y el Dios que nos castigará si pecamos.

Quizá sea ella la que no ha comprendido el gran engaño y se lo ha comido todo. Dejará los grandes inventos del hombre para seguir buscando la felicidad, aunque de antemano sabe que no la encontrará.

Muñequitas

Esta vez se ha terminado tres cajetillas de cigarrillos. Hay tiempo para que fume.

Todo lo que tiene que ver lo ha visto. El ingreso quedó atrás: ese llegar sola, el regaderazo de agua fría, las huellas, las fotos, la penumbra de los cuartos de ingreso, las preguntas, el cambio a otro dormitorio..., el despertar en un lugar extraño. Todo se vuelve rutina y la espera contiene los pasos, las preguntas y la voluntad. Nadie menciona sus derechos, las palabras pierden credibilidad en la cárcel. Las pequeñas riñas se vuelven aparadores de mujeres. No hay prisa, mas que para unos cuantos pesos y un bocado casero.

Como muñequitas de cuerda repiten todas las noches: “Un día menos”. La vanidad y la discordia se vuelven grandes. Un vestido, un adorno, un novio se vuelve status, clanes de mujeres. Las responsables: las religiosas, *the bad girls*; en fin, cada una en su línea.

Pasa el tiempo; nuevas caras misma hora de cerrar. No rayan la pared para contar sus días, evitan saber fechas, a menos que haya algo nuevo.

Los trueques son exclusivos y se dan a similares. Una noche de compañía algunas por vanidad, otras por prescripción médica, por unas monedas, por pasar el rato, por dispensa o importancia personal. La moralidad muy por debajo de los intereses. Derecho de antigüedad y respeto por el delito.

No hay reposo y sí derecho a terapia. Se prefieren las cosas exteriores..., lapsos de olvido y reproches.

El piano

Es un día sábado. Llegaba directo al refrigerador; sacaba la jarra de agua, un vaso y se servía agua de limón; enseguida, dejaba las llaves del carro en la mesa y gritaba:

—¿Ya estás lista?

—Sí, —contestaba mi mamá.

—Bueno, los espero abajo.

Tomaba sus llaves y se bajaba. Yo, como todos los sábados con cara de obligada, a duras penas ayudaba a mi mamá con la maleta roja. Mis hermanos indiferentes, acostumbrados a los sábados.

Bajábamos los escalones del edificio —vivíamos en el departamento cinco—. Curiosamente el edificio tenía elevador, pero su viaje consistía del primer piso al departamento seis, aunque únicamente lo vi funcionar sólo una vez cuando lo usó la dueña del edificio; después ella enfermó y murió al poco tiempo.

Salíamos del edificio hacia el garaje, donde nos esperaba mi papá al volante, leyendo la sección deportiva del periódico *El Sol*.

A partir de ahí comenzaba el viaje hacia la ciudad. Yo permanecía despierta mientras salía mi

papá hacia la carretera, después todo el camino me dormía; despertaba cuando llegábamos a casa de mi tía Concha.

La tía era diferente a todos los de la familia; le gustaba ponerse yogurt de bacilos búlgaros en la cabeza. Para bañarse ponía sobre el piso una tabla que había mandado hacer especialmente para ella, y al salir del baño se cubría completamente con una bata que le llegaba hasta los talones y tenía un gorro para su cabeza; además, se enredaba al cuello una toalla debajo de su bata. Así salía del baño con su plato de yogurt. Se reían de ella con disimulo. Nunca la escuché decir una mala palabra; sólo repetía: me-re-fi-fa-la-re-fo-fa. Cuando se le había hecho tarde la veía correr patinando por los corredores repitiendo me-re-fi-fa-la-re-fo-fa y haciendo curva agarrándose de la pared para entrar a la cocina.

Ese día entramos todos a la casa por el portón. Mis papás y mis hermanos siguieron de frente para atravesar la puerta de la cocina. Yo me quedé atrás, tomé la manija de la puerta que da a la sala, la giré, entré, cerré. Crucé con mi corazón latiendo de prisa. Me detuve exactamente al lado de mi tío Raúl, mirando sus dedos y sus ojos que seguían las notas del *Claro de luna* de Beethoven. Sentado frente al piano lo vi y escuché, no tuve el valor de interrumpirlo. Durante el tiempo de la interpretación me quedé inmóvil. Cuando hubo terminado me miró, yo le di un beso en la mejilla y le pregunté quién le había enseñado a tocar el piano. Tu madrina Sari, contestó al tiempo que se levantaba, girando el banquillo y, me preguntó por mi mamá. Está en la

cocina le respondí. Mis ojos miraron atentos las teclas y mis dedos jugaban a tocar, “Los Changuitos” que aprendí de mi tío Genaro. Ese sábado tuve la conciencia de su presencia, el piano había estado en ese mismo sitio antes de que yo naciera.

Le pedí a mi tía Concha que me enseñara a tocar el piano, accedió a hacerlo. Pero yo no era la única que se había dado cuenta del piano. Mi prima menor, nieta de la tía Concha también quiso aprender. Ella era la nieta, y yo sólo la sobrina. Ese sábado me enteré que a mi prima le habían regalado el piano y que sería el último día que lo vería en esa casa. Triste yo me repetía: por qué no aprendí antes a tocar..., por qué, por qué.

Me fui a comer y después a jugar para no ver cuando se llevaran el piano. Llegó la noche y a solas con mi mamá le pedí: mamá yo quiero aprender a tocar piano. Ella me sugirió: dile a tu tía Concha. Ya se lo pedí y estuvo de acuerdo. Entonces, qué te preocupa. Claro que me preocupa, mamá, ya se llevaron el piano. Duérmete insistió mi madre, el lunes iré a la Casa de la Cultura a averiguar lo del piano.

—¿Irás mamá?

—Claro que iré, —me consoló.

Mamá nunca tuvo tiempo de conseguir un piano, ni yo intenté aprender a tocar, y algo, como teclado de voces, se acalló dentro de mí.

Sólo espero verla llorar

Una bugambilia con flores del color de las paletas de frambuesa, tenía más soledad que la niña; sin embargo, no responde a sus preguntas, ni acude en su ayuda cuando su abuelita tenía la intención de ponerle una nalguiza por haberse subido a la azotea; o por haber ido a jugar a las escondidillas con los niños vagos.

Bueno, al menos la bugambilia era la única que no la reprendía cuando ella jugaba al cirujano con esos gusanos babosos, que se retuercen cuando les echan sal.

Después de haber abierto al gusano con un palito, de los que se encontraban debajo de la bugambilia, —porque sólo debajo de ella encontraba babosos—, se conmovía del gusano al no encontrar dentro de él nada que funcionara como lo había visto en la rata aquella que murió de un escobazo a manos de su abuelita y que pasó por una cirugía antes de despedirla en el bote de la basura.

La niña veía a la gente de igual manera que al baboso o a la rata. Les hacía una cirugía porque en su mirada permanece ese querer saber qué tienen

dentro los seres. Si se le ve llorar es porque se conmovió al ver que dentro no tienen nada... e inevitablemente nace el deseo de hacerles una especie de cirugía.

La última vez que la visité ya no era una niña, pero tenía la idea de —al igual que a sus gusanos— abrirse ella misma: sé que lo hará... sólo espero verla llorar.

¿Por qué acepta usted mis preguntas?

Antes de estar aquí, no recuerdo haber estado en otro lugar. ¿Será tal vez que no existo... entonces, de dónde vienen estos sueños?

—¿Recuerda usted cómo llegó aquí?

—No, nunca tengo memoria de mí. Ignoro qué estoy haciendo.

—¿Cómo se ha mantenido viva?... porque se ve usted viva.

—Esto que llevo conmigo es una mascota y es a la única que escucho. Tenemos entre nosotras una comunicación que nadie más comprende, y si la abrieran, sólo encontrarían lo que tienen todas las demás.

—¿Cómo sabe que su mascota es igual a todas las demás?

—Las he observado, comparándolas con la mía... ¿Comprende usted que mi cuerpo es mi mascota?

—No, realmente no lo había visto de esa manera. Pero, ¿por qué acepta usted mis preguntas?...

—Esté usted seguro que no es precisamente por darle una respuesta; soy yo quien las está obteniendo.

—Entonces, ¿lo hace por usted?

—Tal vez. En sí, yo no existo. Es mi mascota quien existe.

—Y Dios, ¿le recuerda algo?

—Me suena; me suena. No es de quien todos hablan en este lugar, tanto así que la curiosidad no me deja. Pero ya ve, poco a poco todo se le pasa a una y más si resulta que es invisible y mudo.

—¿Cuál es su realidad?

—Para qué decírselo, si es deforme y cambia. Por qué no dejarme como estoy. Mañana seré... Creo que sí se dice mañana ¿verdad? Seré invisible, como lo he de haber sido ayer...

—Mañana lo veré. Duerma usted.

La despedida

Un hombre con acento norteco iba al volante y tres hombres más me custodiaban. Observaba por última vez la tarde en la calle —lo presentía—. Me mantuve callada durante el trayecto. Si acaso suspiraba recordando los caminos que había andado días atrás por aquella misma avenida. La libertad se deslizaba de entre mis manos; todo fue tan rápido y tan radical. Me encontraba con gente extraña a la que jamás había imaginado conocer y no volvería a ver.

Por fin llegamos. De la pequeña ventana salía una mano a recibir el documento. Enseguida unos ojos me miraron y se abrió la gran puerta; me introduje en el interior sin que nadie me lo indicara. Apareció una mujer de complexión regular y rostro duro. Me indicó con voz baja: “por aquí”. La primer reja se abrió. No hablaba, no pensaba, me encontraba aturdida como cuando despiertas de un largo sueño y toda tu vida queda atrás sin saber si fue realidad o no.

Mis datos fueron mecánicos: nombre, edad y delito. El regaderazo me confortó. Quería dormir

y descansar de todo aquello. No dormí, ni descansé en varios meses después de mi ingreso.

Conocí a quien sería mi amiga durante su estancia en el lugar. Lloramos y reímos juntas. Ahora ella se ha ido.

De nuevo comienzo mi rutina; sin reír, sin llorar. Ya nada será igual. Ella pertenece a otro mundo, desligado a mí, ya no pertenece a este vientre. Sus ojos vieron la luz de la libertad, ella es ahora un niño viviendo la conquista de las calles y su mundo.

No hay nada que absorba totalmente mi tiempo, ni la crianza de unos niños, ni la visita eterna. Quiero un perfume y escuchar una melodía que me recuerde el amor que no está aquí y amar lo que sí está aquí. Pero miro y no hay nada; sólo rostros que se asimilan al mío. Miro sus ojos extraviados, opacos, profundos y sus muecas fingiendo sonreír.

Esa luz que no me deja amar, soñar, vivir, continúa tras cerrar mis párpados. Y una profunda tristeza llena mi vacío.

Me despedí de mi amiga con lágrimas; la vi marcharse y perderse.

Todo lo va uno perdiendo, la juventud, el amor y la libertad; al mismo tiempo, otras albergan: la soledad, nostalgia, desdicha y la ausencia de Dios.

Todo se reduce a unas cuantas líneas que gritan: ¡Basta, termina ya! Nadie se conmoverá, nadie mira hacia acá, está demasiado lejos, si acaso el viento golpea las paredes.

A ti, que pides a Dios que te libre de tal vida; eres parte de ella, por más puro que seas; tus rezos son egoístas. Y del mal que pude haberte hecho me

castigas, tú que nada tienes de Dios, tú que elevas prisiones; tú, santo de golpe. A tus pies muero de desamor y abandono... Ya todo pasó, ya todo acabó. Sigo con mis áreas de trabajo, con el mismo paso y ritmo.

Un nuevo ingreso acaba de llegar.

El pueblo

Un caminito lleno de rosas y uno que otro árbol conforman el recorrido del pueblo. Un motelito de apenas seis habitaciones: la recepcionista que sólo se distingue por su color, una mesa guarra, el libro de entradas y salidas y una silla donada por alguna oficina. En el recibidor un ten-dejón que hace a su vez de fonda y comadrería.

Para los forasteros el pueblo no tiene nada de pintoresco. La autoridad es un matriarcado y los privilegios se dan solicitándolos por escrito; quedando en espera de respuesta hasta la próxima sesión y dejándolos a la buena voluntad de los ministros del consejo.

Las pueblerinas buscan y rebuscan lo pintoresco del pueblo: una carta, una llamada, una noche en el motelito, una visita inesperada, un recuerdo, un perfume; algo fuera de la monotonía.

Dos casas grandes integran la comunidad con habitaciones disponibles para cualquier imprevisto.

El aroma del pueblo: mierda de pájaro entremezclada con tierra mojada y rosas. Por las noches, los vapores de las entrañas de los resumideros apestan.

Una biblioteca con libros polvorientos, que a su vez sirve de salón de belleza.

En fin, ocios, cartitas cursis, tejidos multicolores, parloteos y el mirarse al espejo.

Hoy entra la primavera y muchas de las pueblerinas no tendrán cortejos al oído. Regresaron las golondrinas; hay que lavar más frecuentemente las paredes, espantar las moscas e injuriar a los zancudos.

El calor ahuyenta la ropa. Por las noches se verán danzar mujeres semidesnudas, como si por eso los machos ausentes las recordaran.

No podían faltar el tabaco imprescindible y los sonidos: garrasperas, carcajadas, cuchicheos, piar de pájaros, agua corriendo fuera del balde, la radio y un televisor parlanchín.

Sin embargo, en su vivir pintoresco no todo es monótono en el pueblo. Cada día es diferente al anterior: cada día hay más rosas.

Espíritu vs Corazón

Hasta la salvación del alma
es un acto del intelecto.

Anónimo

Estoy cansada; estás destruyendo mi cuerpo
¿por qué?

—Esa es mi función, mantenerte distraída de la realidad. Tú no eres un cuerpo físico; eres un espíritu atrapado en el cuerpo, y seguirás así mientras permitas que sea yo la autoridad en tu cuerpo, mientras me sigas alimentando; él muere cada día un poco.

—¿Por qué tengo cuerpo?

—Lo tienes para rescatar al espíritu. Si no salvas tu vida, el espíritu está perdido. Así te den mil cuerpos, si no salvas a tu espíritu en uno de ellos, éste morirá irremediablemente. Para vivir necesitas cuerpos físicos, por eso te he mantenido en un círculo que no tiene principio ni fin; pero permites que tu espíritu se debilite en cada vida física. Estoy a tiempo de tener el poder total de tus vidas. Acabaré con una y otra hasta el infinito. No habrá más espíritu con quién luchar, tendré el poder.

—¡No lo tendrás! No te daré más autoridad, ni te alimentaré. Mi espíritu tendrá ahora la autoridad. Sé que está aún débil para tomar el mando,

pero lo alimentaré cada instante de mi existencia, así cobrará fuerza ¡Te venceremos!

—Ja, ja, ja, no podrás: te gusta la vida material, respondió mi corazón.

—¡No! me liberaré de ti, y mi espíritu será libre por siempre. ¡Muere corazón!

—Ja, ja, ja, ¿quién eres tú?

—¿Yo?... soy el alma de este cuerpo.

El corazón enmudeció.

Un día en la vida de Guadalupe

5:45 a.m. Escucha las pisadas con botas, ense-
guida el sonido de los candados. Tirada en la
cama, Guadalupe se levanta, busca sus cigarros y
se va al baño. Fuma repitiéndose: No pensaré más,
no más angustia; no el futuro: sólo hoy una y otra
vez evadiendo su realidad, lo impredecible. Regresa
y se tira en su cama tratando de reconciliar el sue-
ño perdido a las 5:00 a.m. Su intento no da resulta-
do. Se levanta indignada.

Sale al pasillo, aspira la fresca mañana, el frío
la hace regresar a su refugio: su cama. Espera has-
ta las 7:45 a.m. que hay oportunidad de fugarse de
su realidad: la salida a su clase salvadora, el es-
fuerzo físico sin piedad ni compasión maldiciendo
a su cuerpo, haciéndolo preso de ella.

Guadalupe pasa parte de la mañana con amnesia
de pasado y futuro, sin pensar: apegada al hoy.

1:00 p.m. Todo pasó. Regresa de nuevo a su
refugio, ¡sí! Con hambre, pero no la motiva el pla-
tillo del día; espera algo diferente.

3:00 p.m. No ha dejado de tejer.

7:00 p.m. Tejiendo y deseando.

El día no llegará.

9:00 p.m. Fin de la segunda cajetilla de cigarrillos. Sus compañeras comparten sabiendo que mañana ella hará lo mismo. Evade las pláticas del pasado.

11:00 p.m. Obliga a su cuerpo a dormir y a su memoria a olvidar: su corazón se resigna.

12:00 p.m. Dormida.

Siguiente día: misma rutina.

Un año, dos años, tres años...

Males del corazón

Se le veía reír sin razón, llorar cuando todos reían; se le creía loca. Sus padres acudieron con un médico; ella nada tenía, aunque iba empeorando. Llevaba días postrada en su cama, días suspirando. Desesperados sus padres y aconsejados por amigos, la llevaron con una bruja.

La hechicera la examinó minuciosamente. Encontró el mal: estaba maldecida. No tenía la mitad de su corazón, esta mitad la tenía el ser más rechazado en la región. Y sólo protegiendo la vida del monstruo ella podría vivir. Estaba condenada a morir en cuanto la bestia muriera.

Sus padres no encontraban explicación a esta maldición y enviaron cazar al monstruo. Él los enfrentó y los maldijo con lo que más querían: su hija: “en el momento que él muriera, ella moriría también”.

¿Cómo salvar a su hija de esta sentencia?

Los padres lo odiaron aún más y no creyeron. El padre personalmente fue a la caza de la bestia y la mató. Regresó a su hogar con aire victorioso, pero encontró a su hija muerta en su lecho.

La madre puso los ojos en su esposo e inclinando la mirada dejó en el pecho de su hija una carta de amor que ella siempre llevó consigo.

El gato y el ratón

Sus palabras cercenaron la mitad de mí.
—No eres un perro; eres un gato, me aclaró el ratón.

Contesté: ¿Por qué aseguras que soy un gato, si soy un perro? Escucha mis ladridos: miau, miau, miau.

—Cómo serás tonto, te engañaron; un gato no necesita las sobras de comida de su amo; un gato es cazador. No debe tener la cola entre las patas cuando ve a su amo; un gato es arrogante. La naturaleza del perro es dejar que le den garrotazos y menear la cola a su amo. Un gato es escurridizo y no espera que lo corran a patadas; toma la iniciativa y se marcha.

—¡Eres un gato! Afirmé

—¡Ah! Soy un gato y soy cazador.

Salí tras el ratoncito y de un bocado me lo comí. Relamiéndome los bigotes miré mis garras y dije: “Soy un gato, soy un gato”. ¡Miau!

El tiburón y la rémora

El tiburón es temido por sus subalternos: voraz y tranquilo. Los peces se alejaban de él a la velocidad que les daban sus aletas. Los seres del mundo marino lo juzgaban de cruel y glotón.

El tiburón devora peces sólo cuando tiene hambre. Nadie lo había observado antes hasta que un diminuto pez lo miró detenidamente en el momento que saciaba su hambre. Se dio cuenta de que una rémora adherida a su costado comía del tiburón, y pensó que éste se veía estúpido al creer que engullía a su víctima por entero; siendo que la hábil y astuta rémora dejaba que el trabajo principal, dentro de la cadena del alimento, lo hiciera el tiburón, para ella entonces saciar también su hambre.

La rémora sentía que todo lo merecía y disimulaba. Sabía que por ella misma no sobreviviría en ese mundo marino: tenía miedo, era de naturaleza cobarde. Con miedo para trabajar, perezosa y vanidosa se creía descendiente del tiburón: ilusa, ella era sólo un parásito más.

Astuta siempre pegada al costado del tiburón; bien sabía que si llegaba a darse cuenta de su posi-

ción, la devoraría. Se reía de él creyéndolo un bobo sin impresionarle su tamaño ni su voracidad.

Yo, que los observo con mis grandes ojos de pequeño pez, he decidido colocarme frente al tiburón, para que al mirar mis ojos le devuelvan como espejo lo que ocurre a su costado. Así sorprendió a la rémora comiendo tranquila de su cuerpo. El tiburón comprendió mi astucia de pez pequeño y me respetó. Se quedó quieto pensando que la rémora lo saboreaba y sorpresivamente se tragó a la rémora y sació así su hambre. Antes de irse el tiburón me miró a los ojos y se marchó. Yo aleteé de felicidad y el ciclo alimenticio continuó, volviendo todo a la normalidad.

Más tarde yo fui devorado por un pez más grande: yo lo sabía. El pez que me integró a su cuerpo era realmente hermoso, despedía luz propia; y yo aumenté su intensidad, pez al fin.

La selva

Ella partió hacia la selva con poco equipaje y segura de sí misma. No sintió el tiempo, se encontraba pisando la tierra de la selva. Antes de seguir caminando, se aseguró de llevar sus antídotos contra la picadura de los alacranes y contra la mordedura de las víboras y por supuesto, no podía faltar un repelente contra los zancudos.

Continuó el camino esquivando los pantanos, las ramas: abriéndose paso. De pronto, vio un animal que no pudo distinguir y que se estaba hundiendo en el pantano. Su corazón no le permitía dejarlo morir. Lo ayudó con gran esfuerzo sin pensar que la naturaleza de aquel animal era salvaje, y que se exponía a que le hiciera daño. Al fin lo sacó. El animal ahora frente a ella la miró fijamente y se marchó a gran velocidad. Sólo alcanzó a distinguir que su color era pardo y que le colgaban las mamas: una pantera hembra. Sintió que podría haber sido devorada por aquel animal.

Sin pensar más continuó su camino, escuchando sonidos y observando a otros animales a distancia.

Transcurrido el tiempo se fue habituando a la selva. Había tenido la oportunidad de salvar a los animales que encontró atorados, heridos y moribundos. A los hambrientos les compartió de su comida.

Un día se vio amenazada por un animal que nunca antes había visto, ni siquiera en sus libros. Se abalanzó contra ella. Se sintió perdida y cerró sus ojos; escuchó rugidos una lucha infernal y entonces los abrió. El animal desconocido estaba destrozado y aquellos animales que algún día fueron ayudados por ella la rodeaban correspondiéndole. Ahí estaban el mandril, la serpiente, el cocodrilo y la pantera, que a su lado, mantenía cerca a sus cachorros. Sus miradas se fijaron mutuamente y la pantera se marchó, llevándose con ella a su prole.

Ella se levantó, se sacudió y sonriendo continuó su camino.

Mientras no estemos unidos todos los seres, no habrá descanso eterno para ninguno.

Se escucharon los candados

La puerta se trabó; sentía penumbra y calor insoportables. Tal vez de tanto imaginarlo, la joven serena y gustosa le dio la bienvenida.

—Señor Diablo, qué gusto conocerlo. Siéntese; esta es mi cama. Le ofrezco algo: un café, agua... dígame... Y ella obtuvo respuesta de aquella inverosímil presencia.

—¿Qué quieres, tú...?

—Platicar de los pecados, señor Diablo. Es usted tan fantástico que llegué a dudar de su existencia. Me permite encender el ventilador para que refresque un poco. En realidad, no es usted tan feo como se comenta. Hay gente todavía más fea...

El Diablo garraspeó y se colocó más erguido.

—Al grano, jovencita, qué me vas a platicar.

—Traté de comunicarme hasta con un garrafón de agua, pero fue en vano. Éste permanecía frío y estático ante mis palabras y en su sitio. Miré a las moscas y ninguna se mantenía en un lugar fijo para escucharme. Entonces, hablé y hablé, ya sin intención de ser escuchada. Primero con Dios, y luego contigo, a sabiendas que los dos son sólo un mito.

Ante la inquietud del diablo, la joven amonestó:
—No me diga que lleva prisa, ¿tiene mucho trabajo?

—Así es, tengo unos pendientes. Deudas de personas que no quieren pagar, tentaciones que deben insistir...

Su voz cavernosa iba dejando un eco en la habitación.

—Señor Satanás, yo he seguido al pie de la letra los mandamientos de quien usted ya sabe. Parece ser que Él no ha quedado conforme, me ha ido mal. A mis ojos les han comenzado a salir cataratas, las reumas no me dejan dormir. Míreme, he envejecido más aprisa de lo establecido. Trabajo hasta la madrugada para ser honrada, como con moderación para que mis gastos no se eleven, me baño con escasez para no caer en la vanidad y evito la codicia de tener más de lo convenido.

El Diablo se restregaba la nariz aguileña en señal de mal olor, pero la invitó a continuar la plática...

—Usted ha sido muy astuto en ponerme tentaciones, y sabe que no he caído.

El Diablo sonrió y al fin respondió:

—La verdad, tú has sido una ignorante que todo se ha creído. No me sorprende tu presente.

Ella boquiabierta, continuó...

—Dígame si es normal haber visto a mi amor más que como a un esposo, como a mi prójimo. Y ahora resulta que infringí la ley, pues hasta sin marido me quedé y los hijos `bien gracias'. Pero como este asunto es laico, le apuesto que hasta con

un loquero me llevarían si les hablo del amor al prójimo.

—Únicamente tú responderás por tus actos, con religión o sin ella; con Él o conmigo. Si tienes cuentas pendientes con la justicia, eso lo arreglarás tú. Esto nada tiene que ver con nosotros, los de este otro mundo. Yo no te quiero conmigo. Sólo acepto gente importante, con clase: un Hitler, un Hernán Cortés, un político. Así con gusto te recibiría, pero contigo ganaría sólo vergüenzas. Dime cuánta riqueza has codiciado, que por tu causa mueran millones de personas en la miseria. ¿A cuántos cientos de menores has corrompido? ¿A caso eres productora tan siquiera de pornografía...?

Ella respondió con pena: No.

—Entonces Satanás, por qué el castigo.

Satanás le hizo una recomendación: “Intenta hablar con el juez. Yo que sé de tu vida, te conviene hablar con Él, para que hagas un arreglo con tus pecadillos y dejes de estarme molestando con que estarás conmigo”.

—Señor Diablo, podría usted hacerlo por mí. Usted es el único que no me ha condenado. Me escuchó; no es tan malo como dicen. Además, a usted y al Supremo les hablé por igual y fue usted quien respondió. ¿A qué se debe el honor?

—Simplemente pasaba por aquí. Te escuché y estabas sola. Tenía cientos de años que no me reía. Mira que hablar con un garrafón de agua... ¡ja, ja, ja!

Ella inclinando la cabeza le reprendía: No se ría de mí. Ya lo viera en mi lugar. Pospondré su consejo. Estoy alterada y temo ser grosera con el

Creador. Y a usted, en cambio, quiero darle las gracias y decirle que me ha comprendido. Usted sabe de justicia. ¿Estudió en alguna universidad? Y, si la justicia está relacionada con el amor... ¿Por qué si es justo, no ama?

Con incredulidad el Diablo respondió:

—¡Claro que amo! Boba. Doy todo a mis discípulos: los tengo en su totalidad. En cuanto a lo justo, debes estar confundida. ¿Leíste acaso el Código penal? Tú no eres justa contigo; eres tan ignorante, como yo santo. Me estás aburriendo con tus bobadas, siempre como todos: justicia y amor, ¡va! Arregla tus asuntos legales con tu juez. Me marchó.

—Antes que se vaya le diré: Sí, me es más fácil hablar con usted, que con mi juez; él siempre está ocupado; es tan importante que...

Satanás envolviéndose en su capa se marchó. Ella miró hacia su cama.

En la habitación de la cárcel se escucharon los candados.

Doña Petra

En un pueblo como todos, existía una Petra, que veía su pueblo como todos y que al retroceder los años había olvidado que el hombre llegó a la luna por estar en el zurcir de los calcetines de su marido, lavar trastes y cocinar; siempre cocinar.

Pero a doña Petra algo le daba vueltas en la cabeza... ¿Por qué creía en su Dios? ¿Por qué amaba así? Algo de lo que sí estaba segura era que lo mejor que le podía dar a su marido era amor; más allá, no sabía nada; no tenía nada. Su vida era finita, al igual que el amor.

Piensa y piensa, ideó la manera de convertir al pueblo entero en infinito, donde no terminara el comienzo de nada. Dejó de zurcir, de comadrear y de mordisquear al prójimo, que bien cansada estaba ya de eso. De entre los trebejos de su marido sacó: maderas, retratos, telarañas y lo “meritito” importante, el alma de la casona vieja y andrajosa.

Todos en el pueblo decían que de cuerda Petra no pasaba. Eso de ir de un lado a otro con los trebejos de su viejo, nada bueno le dejaría.

Uno de esos días, su marido la buscaba, y con la ayuda de Dios la fue a hallar hablando en el cerro, donde se va a la leña.

...De no mirarlo con mis propios ojos, nunca hubiera aprendido a escribir... El pueblo se divisaba desde el cerro. ¡Válgame Dios! El pueblo era infinito. No transcurría el tiempo; nada moría. Desde aquí yo aprendí lo que nadie nos puede enseñar: vivir, y comprender a Dios. Y Petra se dijo: “Ahora y siempre les escribiré del pueblo donde nací y de la Petra que no ha muerto”.

El nacimiento de doña Petra

Doña Petra provenía de una familia que gusta de aprender, pero parece ser, que no de enseñar. Mantenían risas sin felicidad, amor sin darlo y así podían seguir, y seguir.

Doña Petra se casó cuando aún era una niña, con un hombre-niño, que como todo niño tenía una madre enérgica y posesiva. Cómo no lo iba a ser si era su único hijo varón, igualito a su padre; que en paz descanse.

Doña Petra después del sacramento, en donde no hubo invitados, sólo los matrimoniados, se fue con su esposo de luna de miel a otro pueblucho a continuar el juego de la mamá y del papá. Vaya usted a saber cómo dos niños se hicieron adultos sin sus madres de cada uno.

La responsabilidad de mandar le quedó a la perfección al esposo de doña Petra; ella quedó en obedecer fielmente como toda buena esposa.

La suegra de doña Petra afligida por su hijo decidió vivir con ellos. La señora era mujer de experiencia por tantos años de casada y lamentó la hora en que su hijo le mencionó que le hacía falta

casarse, ya que ella era una vieja cansada. Doña Petra se convirtió en la atención para su esposo.

Doña Petra no sabía hacer nada. Con decirles que ni la cola se sabía limpiar como debe ser. Ahora que tenía que ser ama de casa, mujer y nuera; menos lo sabía. Por dónde empezar: Ama de casa, que le llevaría todo el día y toda la noche. Mujer; sin hacer nada, sólo complacer a su marido caprichudo. Nuera; vestir como su suegra. El caso es que doña Petra fue un envoltorio mal hecho. Ni mujer, ni ama de casa y mucho menos nuera.

El esposo de doña Petra al ver que su comida, su casa, su mujer no estaban como él lo había indicado, tomó la paternidad por cuenta propia. Fue el padre enérgico y posesivo y doña Petra fue, la señora de su esposo.

El esposo de doña Petra, como era su primer matrimonio, nada sabía de mujeres. Pidió consejo a su madre, quien le hizo una advertencia: “Desconfía de las mujeres; todas son unas interesadas y prostitutas de pueblo”.

Doña Petra estuvo sobre un lecho que su suegra y su esposo habían dispuesto. Doña Petra fue y es culpable de todos los males de su hogar. Su esposo un desobligado charlatán y su suegra a la mínima descompostura de doña Petra hace que se muere.

Doña Petra se convirtió en toda una señora: humilde, humilde. No podía desobedecer a su marido. Como su marido es bragado le “zumba”, y tiene razón; ella tiene toda la culpa. Además la pobre de su suegra se muere si doña Petra no está a su lado.

Doña Petra humilde... humillada —con los
sinsabores de su hogar— hoy que la vi es toda una
señora adulta, después de mil años.

El juicio de doña Petra

Como les voy contando, doña Petra iba de mal en peor. Ahora resulta, que por voluntad de Dios perdió a sus dos únicos hijos. No supo ni cuándo, ni porqué. Doña Petra alega y alega que son su vida: si los tenía bien agarrados de la mano... El pueblo no lo cree.

El comisario llamó a todos a la plaza principal para dar comienzo al juicio de doña Petra. Ella desconcertada, se defiende y defiende como perra a sus cachorros, porque doña Petra sabe que sus hijos no están perdidos; ellos conocen el camino a su lado.

Lo peor de todo es que su comadre, sí, su comadre doña Chole, a la que ayudaba cuando no tenía que comer, a quien veía cuando enfermaba, a quien le cuidaba sus chilpayates, la misma; esa, la condena fue la que tiró con más saña la primera piedra sobre el rostro de doña Petra. Doña Petra no cabía en su dolor por la pérdida de sus dos hijos, que Dios ha de acordarse de ellos, y doña Chole... sale con eso.

Doña Petra, muy digna se enfrentó al pueblo en medio de la plaza principal, porque el pueblo ni a kiosko llegaba. Pero toda la gente la condenó y la aprehendió con envidia. El comisario asustadizo, ya no sabía qué hacer; si detener a la muchedumbre, o dejar que ellos mismos mataran a doña Petra. Y, como todo buen cristiano, el comisario del pueblo se limitó a leer el Código Civil pa' ver si éste permitía una muerte frente a sus narices.

Doña Petra ensangrentada, pero muy recta y sin poder ver con su corazón fiel, sabía que sus hijos llegarían. Y así fue, sus hijos llegaron corriendo para abrazarla. Los niños no entienden cosas de adultos; ellos tomaron las cosas a juego.

Cuando doña Petra, como toda mamá preguntó: ¿Dónde han estado, hijitos?, me tenían requete preocupada. Los niños respondieron: “Estabamos jugando con los hijos de doña Chole, mamá”.

Doña Petra se fue lentamente con sus dos hijos tomados firme de la mano hacia su humilde casa.

Doña Petra, desde entonces fue madre por siempre, después de mil años.

Punto y sigue... se terminó de imprimir en mayo de
1999 en D'Labra Impresores, S.A. de C.V.,
Volcán Ceboruco 2139,
Fraccionamiento El Colli, Zapopan, Jal.
Tiraje: 500 ejemplares.
Coordinación: Ma. Luisa Burillo
Cuidado de edición: Tere Peregrina/Silvia Medina
Coordinación Editorial
Portada: Francisco Castellón Amaya
Tipografía: TonoContinuo

